

EL BAUTISMO PACTUAL

JASON HELOPOULOS


P U B L I S H I N G
P.O. BOX 817 • PHILLIPSBURG • NEW JERSEY 08865-0817

BENDICIONES DE LA FE

Serie

Jason Helopoulos

Editor de la serie

La adoración reformada, por Jonty Rhodes

El bautismo pactual, por Jason Helopoulos

La oración persistente, por Guy M. Richard

La predicación expositiva, por David Strain

La teología reformada, por Jonathan Master

© 2024 por P&R Publishing

Traducido del libro *Covenantal Baptism* © 2021 por Jason Helopoulos, publicado por P&R Publishing.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema portátil, o transmitida en ninguna forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de cualquier otra índole—, a excepción de citas breves para el propósito de revisar o comentar, sin el permiso previo de la editorial P&R Publishing Company, P.O. Box 817, Phillipsburg, New Jersey 08865-0817.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas son tomadas de Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. www.NuevaBiblia.com.

Las citas bíblicas identificadas como RVA en esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera Antigua. Dominio público. Utilizado con permiso.

Las citas bíblicas identificadas como RVR1960 en esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960™ © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas.

Las letras cursivas dentro de las citas bíblicas son para añadir énfasis.

Traducción: Rodrigo Hinojosa

Revisión: Juan Carlos Martínez Pinto

Maquetación: Francisco Adolfo Hernández Aceves

Impreso en los Estados Unidos de América

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Names: Helopoulos, Jason, author. | Hinojosa, Rodrigo, translator.

Title: El bautismo pactual / Jason Helopoulos ; traducción, Rodrigo Hinojosa, Querétaro, México.

Other titles: Covenantal baptism. Spanish

Description: Phillipsburg, New Jersey : P&R Publishing, [2024] | Series:

Bendiciones de la fe | Translation of: Covenantal baptism. | Includes bibliographical references. | Summary: "Informativo y alentador, este breve libro sirve como manual básico y una herramienta de referencia rápida sobre el bautismo presbiteriano para pastores, ancianos, futuros nuevos miembros de la iglesia, padres y familiares de niños"-- Provided by publisher.

Identifiers: LCCN 2024004206 | ISBN 9798887790671 (paperback) | ISBN 9798887790688 (epub)

Subjects: LCSH: Baptism--Presbyterian Church. | Christian education of children. | Presbyterian Church--Doctrines.

Classification: LCC BX9189.B3 H4518 2024 | DDC 265/.1--dc23/eng/20240213

Para mi madre

Ningún hijo ha sido más bendecido que yo

CONTENIDO

Prólogo por Kevin DeYoung	9
Introducción: Comencemos con la perspectiva correcta	13
1. La bondad de Dios	19
2. La cuádruple corriente testimonial	39
3. Las bendiciones para los hijos	57
4. Las bendiciones para los padres	75
5. Las bendiciones para la congregación	95
Preguntas y respuestas sobre el bautismo	111
Recursos recomendados	149
Una oración final por nuestros hijos del pacto	153
Notas	155

PRÓLOGO

Se ha dicho a menudo —a veces con sentido de humor y a veces en tono molesto— que a las iglesias presbiterianas y reformadas les encanta hacer todo «decentemente y con orden». Puedo entender tanto el humor como la frustración que subyacen a este sentimiento. Nos encantan nuestros planes, nuestras actas de reunión, nuestras cortes y nuestros comités. Los presbiterianos y los reformados han llegado a nombrar comités solo para supervisar otros comités (lo que me recuerda al viejo titular del periódico satírico *The Onion* que anunció: «Se abre nuevo Starbucks en el baño de un Starbucks»). Nos encanta hacer las cosas con tanta decencia que esperamos que los oficiales de nuestras iglesias conozcan tres cosas: la Biblia, nuestras confesiones y un libro que contenga en su título la palabra «orden».

Sin embargo, antes de que sacudamos la cabeza en incredulidad ante aquellos sujetos ultra reformados (médico, cúrate a ti mismo), debemos recordar que antes de que la frase «decentemente y con orden» fuera una

preferencia presbiteriana, fue un mandamiento bíblico (ver 1 Co 14:40). La instrucción de Pablo a la iglesia de que debe distinguirse por compostura, decoro y de que debe tener un comportamiento ordenado similar al de filas de soldados, es una conclusión adecuada para una porción de las Escrituras que trata con la confusión de género, la confusión en la mesa del Señor, la confusión respecto a los dones espirituales, la confusión en el cuerpo de Cristo y la confusión en el culto público. La frase «decentemente y con orden» suena bastante bien si la comparamos con el desastre que prevalecía en Corinto. Una crítica frecuente contra los cristianos presbiterianos y reformados es que, aunque su mente es excelente, su corazón es deficiente. Somos los estoicos sin emociones, los monumentos invariables, los inmóviles escogidos de Dios. Tales insultos velados, sin embargo, no hubieran impresionado al apóstol Pablo porque él sabía que lo opuesto al orden en la iglesia no es la espontaneidad que fluye sin cesar, sino el caos egocéntrico. Dios jamás exalta la confusión por encima de la paz (ver 1 Co 14:33). Él nunca pone en competencia ni a la teología contra la doxología ni a la mente contra el corazón. David Garland lo dijo de esta forma tan memorable: «El Espíritu de ardor también es el Espíritu de orden».¹

Cuando Jason Helopoulos me pidió que escribiera un prólogo para esta serie, accedí con gusto, no solo porque Jason es uno de mis mejores amigos (o porque ambos seamos fanáticos de los desafortunados Chicago

Bears), sino porque estos tomos cuidadosos, balanceados y bien argumentados ocuparán un lugar de importancia en las estanterías de las iglesias presbiterianas y reformadas. Necesitamos libros breves y accesibles escritos por pastores concienzudos y experimentados, dirigidos a los miembros comunes, que traten los elementos fundamentales de la vida y el ministerio en la iglesia. Eso es lo que necesitamos, y eso es lo que esta serie ofrece: respuestas sabias a muchas de las preguntas más prácticas y urgentes de la Iglesia.

Esta serie de libros sobre la teología, la adoración y los sistemas de gobierno presbiterianos y reformados no es una exploración sobre 1 Corintios 14:40 en múltiples tomos, pero me agrada que esté audazmente escrita con este mandamiento de Pablo en mente. La realidad es que todas las iglesias adoran de alguna manera, oran de alguna manera, son dirigidas de alguna manera, están estructuradas de alguna manera y cumplen con el bautismo y con la Cena del Señor de alguna manera. Toda iglesia pone por obra algún tipo de teología, incluso si esa teología se basa en el pragmatismo en lugar de principios bíblicos. ¿Por qué no querríamos que la vida que compartimos en la iglesia esté moldeada por las mejores reflexiones exegéticas, teológicas e históricas? ¿Por qué no querríamos ser considerados en lugar de desconsiderados? ¿Por qué no querríamos que todas las facetas de la vida que vivimos en comunidad se hagan decentemente y con orden? Ese no es el estilo de vida presbiteriano ni reformado. Es

el estilo de vida de Dios, y los creyentes presbiterianos y reformados harían bien en recordarlo.

Kevin DeYoung
Pastor principal, Christ Covenant Church
Matthews, Carolina del Norte

Introducción

COMENCEMOS CON LA PERSPECTIVA CORRECTA

El bautismo. ¿Debo decir más? Con demasiada frecuencia, se le conoce más como la «celebración» que causa conflictos en la familia de la iglesia. Este sacramento parece ser terreno fértil para los debates, los desacuerdos, las risas y hasta las burlas entre hermanos y hermanas en Cristo. No obstante, el bautismo está en el centro mismo del mandato que el Señor y Salvador le dio a la Iglesia en la gran comisión de Mateo 28:18-20 y representa, como lo veremos en estas páginas, el corazón mismo de la fe cristiana: el evangelio. Cuando nos aproximamos a este sacramento como fuente de conflictos y de controversias, nos perdemos también de la bendición que lo acompaña, así como de la bondad que Dios ha mostrado a Su pueblo (la familia de Cristo) al concederle este regalo. Espero que este libro, antes que cualquier otra cosa, te revele esta bendición y esta bondad.

Doy por sentado que, si estás leyendo este libro, tienes algún interés en la doctrina del bautismo. Eso está bien. Y es correcto. Tal vez, eres padre y estás luchando con la decisión de si bautizar o no a tu hijo (o hijos). O puede ser que seas nuevo a la tradición reformada o que sigas con dudas respecto a lo que crees sobre el bautismo. Quizá eres un pastor que busca articular el bautismo pactual de forma más clara o un adolescente que se pregunta si debería «rebautizarse» porque sus amigos así se lo piden; o un padre cristiano que se pregunta si el bautismo infantil de su hijo, que ahora está desviado, significa algo para él o para ella. Es posible que tan solo estés buscando una rápida reafirmación de las razones a favor del bautismo pactual y de las bendiciones que este conlleva. Este libro es para ti.

Sin embargo, antes de comenzar a hablar sobre el bautismo, te pido que hagas conmigo un compromiso. John Rabbi Duncan, un presbiteriano escocés de hace una generación, dijo en una ocasión: «Soy, primeramente, cristiano, luego católico,¹ luego calvinista, posteriormente paidobautista² y, finalmente, presbiteriano».³ Él coloca la lista en el orden correcto. Antes de seguir leyendo, comprométete conmigo, en términos de la confesión de Duncan que acabamos de citar, a identificarte primero que nada como cristiano y, segundo, como miembro de la Iglesia universal; todo lo demás es de importancia secundaria.

Debemos tener mucho cuidado de no exaltar al bautismo desmedidamente, pero de tampoco menospreciarlo

con una actitud indiferente. En verdad, el bautismo es una «doctrina secundaria». Sin embargo, sí es una doctrina *importante*. Nuestras creencias respecto al bautismo afectan nuestro rol como padres, las expectativas que tenemos de nuestros hijos en el pacto y hasta la iglesia a la que asistimos y de la que nos hacemos miembros. Y, ya que hay bendiciones vinculadas a este sacramento (como lo veremos más adelante), anhelamos que todos las reciban. Por sobre todas las cosas, ya que el bautismo es una parte fundamental de la fe cristiana, nuestra perspectiva sobre él debe estar bien informada y debe ser bíblica.

Si los que practican el bautismo pactual⁴ y bautizan a sus hijos pequeños lo hacen en contradicción a la Palabra de Dios, entonces están poniendo palabras (y en especial, promesas) falsas en la boca de Dios. No obstante, si Dios cuenta a los niños como miembros de la comunidad pactual con derecho a recibir esta señal y sello de Su pacto, entonces los que rechazan el bautismo pactual evitan que sus hijos reciban uno de los medios principales de gracia de Dios para su vida y la vida de la iglesia. Estas implicaciones prácticas y teológicas son la razón de que la «discusión» sobre el bautismo no sea tan solo un discurso teológico vano.

Quizá sea útil para algunos saber que mis propias convicciones cambiaron en cuanto a este tema. Por la gracia y la bondad de Dios, llegué a la fe salvadora en la universidad. Algunos compañeros cristianos fieles de mi edad me compartieron el evangelio y me uní a un ministerio

que enfatizaba que los creyentes debían bautizarse solo como creyentes.⁵ Cuando asistí al seminario para capacitarme más en Biblia y en teología, una cosa que «sabía que sabía» era que, para bautizarse, el individuo debe ser una persona de edad suficiente, creyente y confesante.

De hecho, recuerdo estar sentado con mi esposa en una iglesia presbiteriana, un día soleado en Dallas, Texas, y mirar con horror cómo varias familias llevaban al frente a sus niños de brazos para bautizarlos. Recuerdo que el pastor tomó en sus brazos a uno de estos niños. El niño estaba tranquilo y quieto, hasta que el pastor administró sobre él las aguas del bautismo. Al fluir el agua, el niño estalló; un grito ensordecedor, que cualquier asumiría que solo puede salir de los pulmones de un adulto, se oyó por todo el santuario. Me volteé hacia mi esposa y, con tal vez un toque exagerado de complacencia, le susurré: «¿Ya ves? Hasta ese niño sabe que no debe recibir el bautismo».

Años más tarde, heme aquí, sentado escribiendo como pastor presbiteriano, convencido de que el bautismo pactual es una de las bendiciones más grandes que Dios nos ha dado. Algunos de los que lean este libro llegarán a la misma concusión; otros, no. Sin importar cuál sea el caso, nuestra consciencia debe estar informada y convencida por lo que creemos que enseñan las Escrituras. Espero que, en las páginas de este libro, encuentres al menos un argumento sólido y un planteamiento útil.

Que el Señor sea contigo mientras lees y que Él aliente tu alma con Su inefable bondad. Oro para que puedas ver la bendición del sacramento del bautismo y la bondad que nuestro Dios nos ha mostrado al conceder a Su pueblo este regalo. Bendiciones en tu lectura.

LA BONDAD DE DIOS

Una familia de seis se encuentra de pie delante de su iglesia local. Resulta ser uno de esos domingos extraños en los que el papá escogió ponerse su «mejor traje dominical». Su atuendo normal para el domingo por la mañana consiste en un par de pantalones y en una camisa de manga corta, pero en esta ocasión, lleva un traje y una corbata. La mamá, adornada con un vestido decorado, está de pie a su lado. Tres de los niños, que tienen entre cuatro y siete años, están alrededor de los pies de sus papás. Sus pequeñas manos encuentran refugio en otras más grandes mientras un niño, con ojos curiosos, escudriña la congregación en busca de algún amigo. Los brazos de la mamá sirven de cuna para una bebé que luce un hermoso vestido blanco. Este brilla con el rayo mañanero de sol que entra por la ventana del santuario y que se refleja sobre la niña. El vestido, una «túnica bautismal», ha pertenecido a la familia durante cuatro generaciones y todas ellas la han pasado a la siguiente generación. Su maravillosa historia representa

la importancia de este momento. Este es un momento pactual para la familia.

Los papás transmiten un sentimiento de orgullo, aunque la ansiedad también parece marcar su rostro. ¿A quién (además del pastor) le gusta estar parado en frente de la congregación? La mayoría de las personas sentadas que miran desde las sillas saben que esta niñita representa una respuesta a la oración. La tristeza ha sido una compañera demasiado habitual para esta pareja durante los últimos años. Habrían estado en esta mañana tan especial como una familia de siete, en vez de seis, pero la providencia de Dios los llevó a una de las aflicciones más grandes de su vida terrenal. Sin embargo, aquí están, una familia de pacto de Dios, con caras de alegría delante de su familia en la iglesia en el día del Señor. Lo más importante es que también están ahora delante de su Dios de pactos.

En los momentos que le siguen, el pastor da una explicación sobre el bautismo, ora por la niña, la toma en sus brazos y les hace una serie de preguntas a los papás; ellos a su vez responden con votos delante de Dios y de sus hermanos y hermanas en Cristo. Luego, el pastor hace una pregunta a la congregación y ellos responden con el compromiso de ayudar a estos padres a criar a esta hija del pacto. La escena resulta familiar para quienes han ocupado las sillas de esta pequeña iglesia durante décadas. Ellos saben que su pastor refleja un gozo especial durante mañanas como esta. Él toma a la niña en sus brazos, moja su mano en la pila bautismal y, después de pronunciar el nombre

de la niña, la bautiza «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». De esta manera, esta hermosa niña recibe la maravillosa señal y sello de las promesas pactuales de Dios: las aguas del bautismo. Como es su costumbre, el pastor pronuncia una breve, aunque poderosa oración para bendecir a la niña, antes de entregarla de vuelta a su mamá.

Esta escena tan ordinaria utiliza medios en extremo ordinarios... sin embargo, representa también la *extraordinaria* gracia de Dios. Es un momento pactual y sucede en medio del pueblo pactual de Dios.

Al leer sobre esta escena, puede que te sientas cómodo o incómodo con ella. Tal vez has visto una escena similar docenas de veces o, quizás, nunca en la vida. Sin importar cuáles sean tus experiencias, espero que, al explorar juntos el bautismo pactual en ese libro, llegues a apreciar el regalo de gracia que Dios ofrece a Sus preciosos hijos y te regocijes en él con acción de gracias.

No obstante, antes de analizar directamente el bautismo, primero debemos enfocarnos en este capítulo en la bondad de Dios revelada en los pactos que Él mismo establece con Su pueblo. Esto nos brinda el marco necesario para entender la bendición del bautismo en sí.

El punto de partida: La bondad de un Dios de pactos

Un punto fundamental en el bautismo es la bondad de nuestro Dios de pactos. Esto es lo más importante que

me gustaría transmitirte en este libro. El bautismo es un regalo de un Padre amoroso al que le encanta dar buenas cosas a Sus hijos. Tal como lo veremos más adelante, el bautismo sirve como señal y sello de las promesas que Dios nos hace en Su pacto. Él no tenía que hacer un pacto con nosotros, pero lo hizo. Él no tenía que hacernos promesas, pero lo hizo. Él no tenía que darnos señales ni sellos para garantizarnos Sus promesas, pero lo hizo. Bondad sobre bondad. Por lo tanto, antes de entrar en los detalles del bautismo, dirijamos nuestra atención a los inicios de este pacto.

La definición de pacto

¿Qué es un pacto? La definición más sencilla es: Una relación que implica compromisos mutuos, aunque no siempre sean estos iguales entre sí. En la Biblia, a veces vemos que estos compromisos se sellaban con sangre. O. Palmer Robertson describe un pacto como «un compromiso en sangre administrado de forma soberana»;¹ esta definición es tanto concisa como rica. Otro teólogo moderno ha definido un pacto sencillamente como «un acuerdo entre Dios y el ser humano en el que Dios promete bendiciones si se cumplen las condiciones y amenaza con maldiciones si se quebrantan las condiciones».² Cuando Dios entra en un pacto con alguien, Él hace un compromiso que incluye un juramento de fidelidad. Los que cumplen las obligaciones del pacto reciben bendición y vida, pero los que no, reciben maldición y muerte.

La teología reformada enseña un sistema bipactual (de dos pactos).³ Dios estableció un pacto con Adán, que es llamado el *pacto de obras*. Después de la caída, Dios estableció un segundo pacto, lo que los teólogos reformados han llamado el *pacto de gracia*. El pacto de gracia es un pacto global que se entreteje en las páginas de las Escrituras y que convierte la historia de la redención en un relato en el que Dios obra y hace cumplir Su voluntad en este mundo.

La primera promesa del evangelio

En Génesis 3:15, vemos la promesa principal del pacto de gracia articulada por primera vez en el huerto a Adán y a Eva: Nacería en este mundo un niño que aplastaría la cabeza de la serpiente. Esta promesa ha sido llamada el *protoevangelio*, el primer evangelio. A medida que avanzamos por las Escrituras, descubrimos que este mismo niño prometido lograría la reconciliación entre Dios y la humanidad. Todo el resto de las Escrituras, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, explican y describen el cumplimiento de esta gran promesa pactual.

Esta promesa impacta de gran manera la forma en que leemos y entendemos la Biblia. Unifica toda la historia del pueblo de Dios y nos ayuda a encontrar continuidad en las páginas de las Escrituras.⁴ Desde esta perspectiva pactual, interpretamos la Biblia como un solo libro que nos relata la historia global de una

promesa sobre un Salvador que vendría a reconciliar a un pueblo con el único Dios verdadero.

La promesa toma forma

Aunque fue prefigurado en el Edén, el pacto de gracia de Dios no se inaugura formalmente sino hasta la época de Abraham, cuando Dios reveló que el Prometido sería descendiente de este. John Murray, un poderoso teólogo de principios del siglo xx preguntó: «¿De qué se trataba principalmente el pacto abrahámico? En términos innegables y sencillos: “Yo seré su Dios y ustedes serán Mi pueblo” (ver. Gn 17:7; Éx 19:5, 6; Dt 7:6; 14:2; Jr 31:33). En resumidas cuentas, es unión y comunión con Jehová, el Dios de Israel».⁵ Pablo, en su carta a los Gálatas, identifica el pacto abrahámico con el evangelio cuando afirma: «La Escritura, previendo que Dios justificaría a los gentiles por la fe, anunció de antemano las buenas nuevas a Abraham, *diciendo*: “EN TI SERÁN BENDITAS TODAS LAS NACIONES”» (Gá 3:8; ver también Gn 12:3). A través del pacto abrahámico, la simiente que nacería de la mujer y aplastaría la cabeza de la serpiente ahora se identifica como una simiente del linaje de Abraham.

Las promesas de gracia contenidas en el pacto abrahámico resultan ser tan importantes que podríamos argumentar que los versículos que a ellas se refieren⁶ son, desde una perspectiva reformada, los más importantes de toda la Biblia: «Todo lo que Dios ha hecho desde entonces [desde el pacto abrahámico] hasta el presente ha sido

para cumplir Su pacto con Abraham». ⁷ Y, en verdad, todas las naciones han sido supremamente benditas.

Abraham pide una señal

Echemos un vistazo a este pacto abrahámico. Al inicio de Génesis 15, unos pocos capítulos después de la promesa inicial de Dios, Él le dice a Abraham: ⁸ «No temas, Abram, Yo soy un escudo para ti; tu recompensa será muy grande». Sin embargo, pronto el relato parece interrumpido por las dudas. Abraham, que en este punto ya es un anciano, oye la promesa y no vacila en señalarle a Dios, en el versículo 2: «Oh Señor Dios, ¿qué me darás, puesto que yo estoy sin hijos, y el heredero de mi casa es Eliezer de Damasco?». Preocupado y hasta con dudas, Abraham hace una pregunta similar en el versículo 8 respecto a la tierra que Dios le prometió que poseería: «¿Cómo puedo saber que la poseeré?». El gran padre de la fe cuestiona a Dios. ¿Esto te inquieta? ¿Acaso inquietó a Dios?

Cuando pensamos en Dios, me atrevería a pensar que la mayoría de nosotros lo imaginamos defendiendo aquel viejo dicho que muchos de nuestros padres nos repetían una y otra vez: «Calladito te ves más bonito». *Abraham, ya cállate*, pensamos. *Dios acaba de hablar y te hizo una promesa*. Sin embargo, Dios no opera conforme a este dicho. Veremos que Él responde a la pregunta de Abraham con bondad y ternura paternal.

Ahora bien, podemos hacerle a Dios preguntas inapropiadas y expresarlas inapropiadamente, pero no

creo que Abraham lo haya hecho así aquí. Se nos dice en el versículo 6 que Abraham «creyó en el SEÑOR». Su pregunta en el versículo 8 busca claridad: «¿Cómo puedo saber...?». No vemos en las preguntas de Abraham incredulidad ni debilidad, sino más bien la petición de una garantía. Él tiene confianza, pero anhela que su confianza se fortalezca. Su fe busca una seguridad... y una fe que busca seguridad no es falta de fe. De hecho, Pablo dice en Romanos 4:18: «Abraham creyó en esperanza contra esperanza, a fin de llegar a ser padre de muchas naciones».

Imaginemos que es el día de San Valentín y que una joven esposa se levanta temprano por la mañana, salta de la cama y corre a la cocina. Ella anhela ver si su esposo le dejó algo sobre la mesa antes de irse al trabajo. ¿Está mal hacerlo? No. ¿Su motivación es que duda del amor de él? No. Sin embargo, ella siente seguridad de su amor cuando entra a la cocina y ve una docena de rosas en un florero y una caja con sus trufas de chocolate favoritas sobre la mesa. Cuando lee la nota a mano que él le dejó, su confianza en su amor se fortalece aún más. Ella no dudaba del amor de él por ella; tan sólo buscaba seguridad.

Buscar a Dios es correcto. De hecho, podríamos decir que solamente la fe da pie a preguntas como las de Abraham, dirigidas al Dios de nuestra fe. Abraham está luchando con sus preocupaciones; el hijo prometido todavía no aparecía y la tierra prometida aún quedaba por poseer.

La angustia de Abraham que vemos aquí emana de su anhelo de recibir seguridad respecto a la promesa de que Dios bendeciría al mundo entero a través de él. Él no solo está preocupado por la tierra prometida ni por los descendientes prometidos, sino también por el *Prometido*, la simiente de la mujer, conocido como el Mesías, que aplastaría la cabeza de la serpiente una vez y para siempre.

Dios establece un pacto con Abraham

Nuestro Padre celestial es «compasivo y clemente, lento para la ira y abundante en misericordia y verdad» (Éx 34:6). Su bondad tierna y paternal se manifiesta al responder a las preguntas de Abraham. Nuestro Dios de pactos le seguridad a Abraham de la manera más evidente posible: establece un pacto formal con él. Francamente, es sorprendente que el Dios soberano del universo haya hecho esto.

El acto de establecer un pacto, plenamente reconocido en el mundo antiguo, incluía partir animales por la mitad. Luego, las dos personas que participaban en el pacto caminaban por el camino que se abría entre las mitades partidas de los animales. Al recorrer el camino, juraban bendecirse mutuamente si guardaban el pacto, pero también juraban que, si uno de ellos transgredía su promesa hacia el otro, sería partido, tal como los animales. Se proclamaba bendición o maldición, dependiendo de la fidelidad de las partes al pacto. Aquí tenemos un «compromiso en sangre».

Como lo mencioné, este evento pactual no era extraño para Abraham. Sin embargo, sí se torna extraño a continuación. Dios hace caer en un sueño profundo a Abraham. Tan sólo una antorcha encendida, que prefiguraba las columnas de nube y de fuego que guiarían a Israel por el desierto y que se aparecerían en el monte Sinaí, pasa por en medio de las piezas partidas. Esto es algo único. No contamos con ningún documento del Antiguo Oriente Próximo que describa a un rey que pronuncie un juramento de maldición sobre sí mismo al ofrecer promesas pactuales a uno de sus súbditos. Dios, quien es el único que pasa entre los animales partidos, promete sobrellevar el castigo si cualquiera de las partes quebranta el pacto. Y, en Su conocimiento eterno e infinito, conforme a Su decreto divino, Él sabe que este juramento pactual de bendecir a Abraham y a las naciones conducirá a la crucifixión del propio Hijo de Dios en la carne.

Esto debería sorprendernos. Dios no tenía necesidad de establecer un pacto con Abraham. Él ya le había dado una promesa... y la Palabra de Dios es confiable. «Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre, para que se arrepienta» (Nm 23:19). Entonces, ¿por qué establece este pacto con Abraham? La respuesta debería hacer que nuestra alma dé brincos de gozo. Él hace este pacto para darle seguridad a Abraham. A través de este pacto, le dice: «Quiero que tu fe sea tan fuerte como sea posible»; y el otorgar esta seguridad le costaría a Dios en gran manera.

Al inicio de este pasaje, antes de la primera pregunta de Abraham, Dios le dijo: «No temas [...], Yo soy un escudo para ti; tu recompensa será muy grande». Ahora Dios le muestra a Abraham, y a nosotros, qué significa en verdad el hecho de que Él sea un escudo, y podemos ver que en verdad Él es nuestra gran recompensa. Dios fortalece la fe de Abraham desde todos los ángulos. Esto es de verdad sorprendente. ¡Dios establece un pacto con un hombre caído! Tú y yo ni siquiera hemos comenzado a entender la misericordia y la bondad de nuestro Dios. Tendremos toda la eternidad para contemplar esto y, aun así, no comenzaremos ni a sondear sus profundidades.

El sacramento de la circuncisión

Cuando pasamos en nuestra Biblia de Génesis 15 al 16, encontramos que Abraham y Sara siguen sin tener hijos, pero son más ancianos. Sara, en un acto de incredulidad y de desesperación, le pide a Abraham que tome a Agar, su sierva, como concubina. Cuando se vuelve difícil esperar en Dios, las maquinaciones del hombre siempre llaman la atención, así que Abraham obedece el consejo de su esposa y Agar concibe un hijo. Sin embargo, se encuentran con una sorpresa: este no es el hijo venidero de la promesa. Dios no actúa conforme a nuestras estrategias y horarios. Nuestros planes nunca pueden suplantar los Suyos.

Yo entiendo la frustración de Abraham y de Sara. Entiendo también su desesperación; sin embargo, no espero que Dios la entienda. Cuando leo este relato, estoy preparado para que Dios reprenda con dureza a la pareja: «No solo les di Mi Palabra, sino que también la sellé con un juramento en sangre. ¿Cómo se atrevieron a actuar en incredulidad?». Sin embargo, esto no es lo que encontramos. En cambio, en Génesis 17, somos testigos una vez más de la bondad de nuestro Dios. Él se encuentra con Abraham en su debilidad y le da un sacramento que servirá como «señal» y «sello» del pacto, es decir, la circuncisión (Ro 4:11).

Este es Mi pacto con ustedes y tu descendencia después de ti y que ustedes guardarán: Todo varón de entre ustedes será circuncidado. Serán circuncidados en la carne de su prepucio, y esto será la señal de Mi pacto con ustedes (Gn 17:10-11).

Dios le dio una promesa a Abraham (y Su Palabra fue suficiente). Sin embargo, también la formalizó con un pacto y, ahora, cuando se tambalea la fe de Abraham, Él le da una señal tangible y física por medio del sacramento de la circuncisión que debe administrarse a todo varón que pertenezca al pueblo de pacto de Dios. Aquí tenemos una señal de este pacto que Abraham y sus hijos varones llevarán en la carne, generación tras generación. ¡Qué bondad tan sorprendente!

La bondad de Dios en los sacramentos

La dádiva de la circuncisión es un sacramento, una señal visible de la gracia invisible.⁹ Agustín, el gran teólogo del siglo IV, explicó de forma muy útil que los sacramentos son la Palabra visible de Dios; toman lo que *oímos* y nos ayudan a *verlo*. Lo que Dios prometió por Su Palabra, es demostrado de manera visible y tangible. Este es un acto de pura bondad, Dios no tenía necesidad de suplementar Sus promesas; Él es confiable y no puede mentir. No obstante, nos ofrece señales de Sus promesas pactuales una y otra vez: a Adán, el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal; a Noé, el arco iris; a Abraham, la circuncisión en este pasaje; a Israel, la Pascua; a la nación, el día de reposo a las faldas del monte Sinaí; y a la Iglesia del Nuevo Testamento, el bautismo y la Cena del Señor.

Dios otorga estas señales y sellos tangibles para captar nuestros sentidos y fortalecer nuestra fe. Juan Calvino lo dijo mejor que ningún otro: «Debido a que nuestra fe es escasa y débil, a menos que se la fortalezca y sostenga por todos los medios, esta tiembla, tropieza, se tambalea y, finalmente, cede. Nuestro misericordioso Señor, en conformidad con Su infinita bondad, considera de tal manera a nuestra capacidad (ya que somos criaturas que siempre andamos arrastrándonos por el suelo, nos aferramos a la carne y no pensamos en lo espiritual ni podemos siquiera imaginarlo) que condesciende a llevarnos a Sí incluso a

través de tales elementos terrenales y a poner delante de nosotros un espejo tangible de las bendiciones espirituales». ¹⁰ Nuestro Dios sabe que existimos como seres físicos y que, como tales, tendemos hacia lo visible. De hecho, no solo anhelamos ver, sino también tocar, sentir, oler y hasta saborear. Su promesa a nosotros debería ser suficiente. No obstante, nuestra fe, al igual que la de Abraham, sigue siendo débil. Como el padre del muchacho en Marcos 9, todos los discípulos de Cristo podemos decir: «Creo; ayúdame en mi incredulidad». Por medio de los sacramentos, Dios se encuentra con nosotros en nuestra debilidad y nos asegura: «Yo guardaré y he guardado mis promesas». ¡Qué gran bondad!

Uno de mis temores es que, al hablar sobre los sacramentos, pasemos por alto el «corazón» que Dios ha demostrado al ofrecernos estas bendiciones. La grandeza de Dios nos sorprende... y con razón. Sin embargo, nuestros corazones no son muy atraídos Su grandeza en sí misma. Lo que cautiva con poder el corazón humano es la grandeza de Dios junto con Su bondad. Y esta bondad reluce a través de la dádiva de los sacramentos. Al reflexionar sobre la belleza de Su bondad, estos sacramentos brillan con más esplendor.

Los sacramentos como señales

Con respecto al sacramento de la circuncisión, es importante notar que esta no servía primordialmente

como señal de una identidad familiar, racial ni nacional (aunque sí distinguía a los judíos de las demás naciones), sino más bien como señal y sello de las bendiciones más sorprendentes que Dios ha derramado sobre el ser humano.¹¹ Servía como una señal de nuestra necesidad de «ser cortados» del primer Adán, de la corrupción de nuestra naturaleza, y de la provisión de Dios para nuestro estado caído. Representaba nuestra necesidad de la regeneración y del nuevo nacimiento: «Circuncídense para el SEÑOR, y quiten los prepucios de sus corazones» (Jr 4:4). En Romanos 2:28-29, Pablo hace notar que «no es judío el que lo es exteriormente, ni la circuncisión es la externa, en la carne. Pues es judío el que lo es interiormente, y la circuncisión es la del corazón, por el Espíritu, no por la letra».

Observemos que la señal de la circuncisión se administraba al órgano reproductor masculino. Esto no es accidental. Adán introdujo el pecado al mundo y, como lo afirma el Catecismo menor de Westminster: «toda la raza humana descendiente de Adán por generación ordinaria pecó y cayó en él en su primera transgresión».¹² La señal de la circuncisión también representaba la promesa pactual de Dios de que Él enviaría un Mesías, un Redentor (la simiente de la mujer, un hijo de Abraham, un descendiente de David) a nacer en este mundo. Dios les recordó a los pecadores mediante su propia carne corrompida que, aunque la humanidad había caído, Él había prometido salvar a los Suyos mediante Aquel que

nacería. Todos los varones judíos llevaban en su carne esta señal como un recordatorio continuo de las promesas pactuales de Dios que llegarían por medio de la simiente de la mujer.

Cuando llegamos al Nuevo Testamento, ya no encontramos el mandato de la circuncisión. ¿Por qué? Porque ya fue cumplida. Pablo nos dice en Colosenses 2:11 que Cristo fue circuncidado mediante Su crucifixión. Cristo experimentó la maldición a la que Dios se comprometió en Su pacto con Abraham en Génesis 15. Su crucifixión lo circuncidó porque Él fue «cortado», no solo de la carne de Su prepucio, sino también de la vida misma. Él recibió el juicio de Dios en nuestro lugar. Así pues, la señal de la circuncisión ya no se administra dentro de la comunidad del pacto; ya se cumplió. No obstante, en Su gracia, Dios sigue fortaleciendo nuestra fe, de manera que Cristo nos dio el sacramento del bautismo como una señal de las promesas de Dios.

Como lo mencionamos anteriormente, hay un pacto global que se extiende por toda la historia de la redención: el pacto de gracia. No obstante, gracias al nacimiento, muerte, resurrección y ascensión de Cristo, podemos hablar de dos períodos generales en la vida del pueblo de pacto de Dios: el antiguo pacto, antes de Cristo, y el nuevo pacto que viene después de Él. Así como el sacramento de la circuncisión representaba las promesas de Dios a una persona que entraba a la comunidad de pacto en el antiguo pacto, también el bautismo es el sacramento

de iniciación que representa las promesas de Dios a los individuos que están bajo el nuevo pacto. Tanto la circuncisión como el bautismo simbolizan nuestra necesidad de «ser cortados» del primer Adán y de la carne para purificación, de ser cubiertos en sangre y de que el corazón del pueblo de Dios sea renovado por medio del derramamiento del Espíritu Santo. Estas son señales externas que tienen la intención de denotar una realidad interna. El bautismo, al igual que la circuncisión, distingue al pueblo de Dios del mundo. Representa comunión con Dios, identificación con Cristo y participación en servirlo y en portar Su nombre. Lo que encontramos en forma seminal en la circuncisión da fruto en el bautismo. No obstante, ahora, el sacramento de iniciación para el pueblo de Dios es sin sangre, porque ya se derramó la sangre. La circuncisión apuntaba hacia futuro, al Cristo que sería crucificado; el bautismo nos apunta hacia el pasado, al Cristo que ya fue crucificado.

Los sacramentos como sellos

Al considerar los sacramentos, podemos ver también que son más que señales. En Romanos 4:11, Pablo dice que la circuncisión también servía como sello. En la antigüedad, si yo quería enviar una carta a un amigo del otro lado del Mediterráneo, escribía un mensaje en un rollo y lo enviaba por mano de un mensajero. Ahora bien, ¿de qué forma podía saber mi amigo que la carta, al llegar a

sus manos, en realidad provenía de mí? Bueno, lo que yo hacía era derretir un poco de cera en el exterior para mantener cerrado el rollo. Luego, tomaba mi anillo y sellaba la cera con mi estampa personal. Así, el pergamino llevaba mi sello, mi imprimátur.

Pablo resalta que la circuncisión de Abraham fue para él un sello de la justicia que ya era suya por la fe. Imprimió sobre él la realidad de que en verdad era de Dios y de que Sus promesas, que había recibido por fe, eran suyas. El teólogo holandés Bavinck lo resume de esta manera: «Los sellos [...] se distinguen de las señales en que no solo nos recuerdan el asunto invisible, sino que también lo validan y lo confirman».¹³ Observa la terminología que Pablo usa en este versículo de Romanos: él dice que la circuncisión fue un «sello de la justicia de la fe que tenía [Abraham] mientras aún era incircunciso». La redacción es importante. La circuncisión no era un sello de la expresión subjetiva de fe de Abraham. No era un sello de su respuesta al evangelio. Más bien, la circuncisión funcionaba como sello de la justicia que *recibió* de Dios por medio de la fe.¹⁴ Esto significa que el sacramento no se trataba en primer lugar de Abraham, sino de Dios. No se trataba primeramente de lo que Abraham había o no hecho, sino de los que Dios le prometió y había hecho por él.

De la misma manera, el bautismo sella las promesas de Dios para nosotros. Dios lo usa para imprimir en nuestra alma que en verdad somos Suyos en lo individual. Mi

bautismo me ayuda a entender, no solo que Cristo murió por los pecadores en general, sino también que Él murió por mí, pecador. La gracia de Dios es tan real como lo son las aguas del bautismo. Así como fui lavado con el agua, también lo fui con la sangre de Cristo. Así como experimenté el bautismo, también experimenté en verdad la muerte y la resurrección con Cristo. Todas estas cosas están impresas sobre mi mente, mi alma y mi corazón; están selladas allí. Y, al igual que con Abraham y la circuncisión, el bautismo no se trata primeramente de mí ni de ti, sino de Él. No se trata en primer lugar de lo que tú y yo hemos hecho, sino más bien de lo que Él ha prometido y ha hecho por nosotros en Cristo.

Conclusión

Es fácil abstraer los sacramentos de su conexión con el pacto de Dios. Sin embargo, cuando lo hacemos, abstraemos también los sacramentos del Dios del pacto. La gran tragedia que resulta es una pérdida de perspectiva en cuanto a la identidad de Dios. Cuando comenzamos a ver los sacramentos primero que nada como señales y sellos de Sus promesas pactuales, la bondad de Dios resuena de forma apropiada en nuestros oídos, brilla ante nuestra alma y cautiva nuestro corazón. Nuestro misericordioso y bondadoso Padre celestial nos da estas señales y sellos para bendecirnos y alentarnos en la fe. En verdad, no hay

nadie como Él. No podemos ni imaginarnos siquiera un dios que pueda ejercer su poder soberano hacia su pueblo con más bondad que nuestro Dios de pactos.

Preguntas para reflexionar

1. ¿De qué forma explicarías la historia global de las Escrituras? ¿De qué manera impacta esta historia tu lectura y entendimiento de la Biblia?
2. ¿Qué son los pactos? ¿Cuál fue el propósito del pacto que Dios hizo con Abraham?
3. ¿De qué forma se relacionan los sacramentos con el pacto? ¿Qué representan en primer lugar?
4. En las ocasiones en que has hablado del bautismo con otros, ¿cuáles han sido los temas principales de estas conversaciones?
5. ¿Con cuánta frecuencia pasamos por alto la bondad que Dios ha mostrado al dar los sacramentos a Su pueblo?